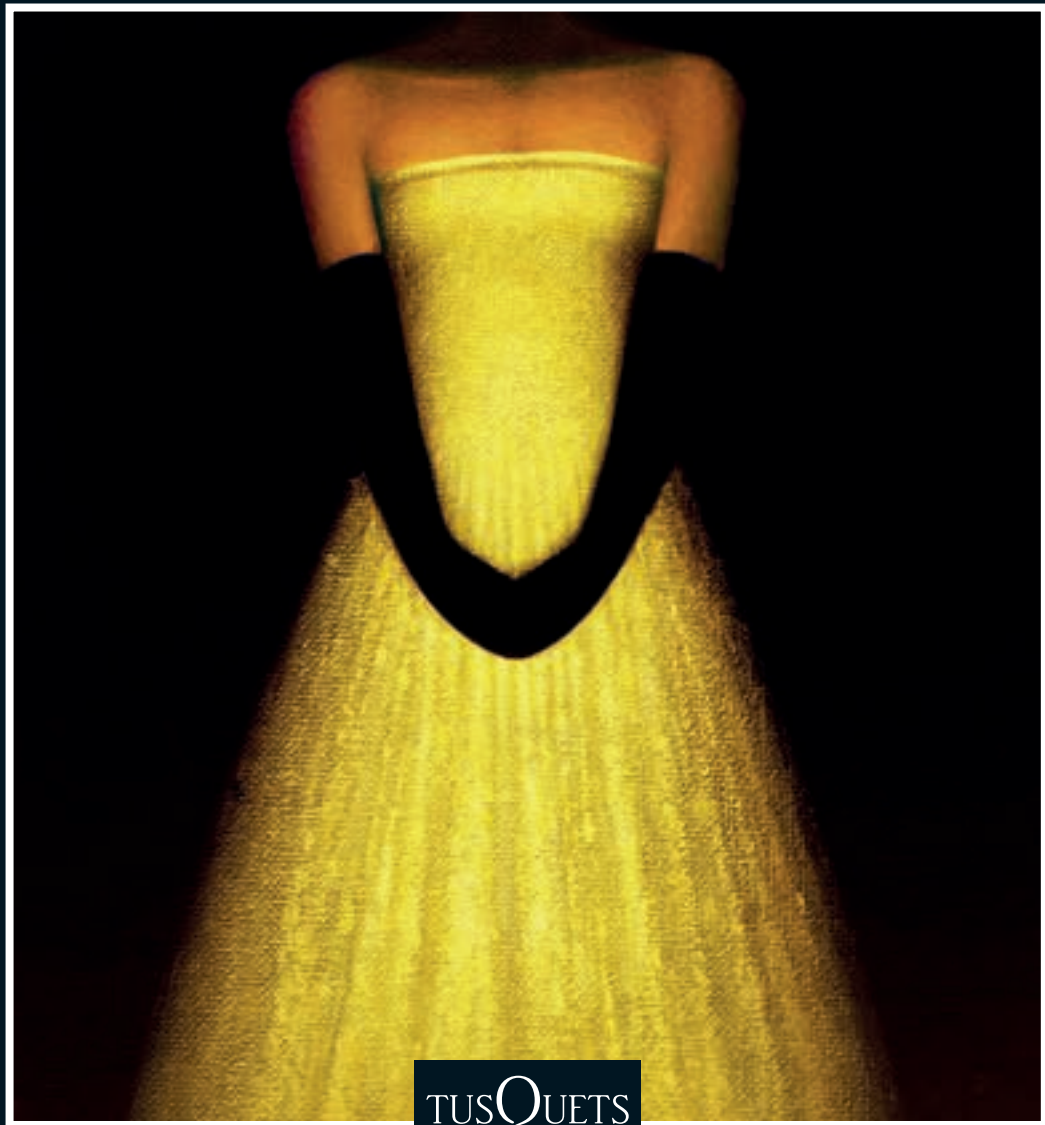


Thomas Pynchon

V.

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

THOMAS PYNCHON
V.

Traducción de Carlos Martín Ramírez

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *V.*

1.^a edición en la colección La Flauta Mágica: septiembre de 1987

1.^a edición en la colección Andanzas: mayo de 1997

1.^a edición en esta presentación: septiembre de 2025

© Thomas Pynchon, 1961, 1963

Traducción de Carlos Martín Ramírez

Diseño de la colección: Guillemot-Navares

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal 662-664 – 08034 Barcelona

www.tusquetseditores.com

ISBN: 978-84-1107-651-7

Depósito legal: B. 11.821-2025

Fotocomposición: Realización Tusquets Editores

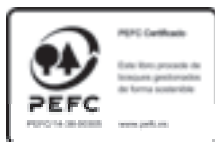
Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



Capítulo uno	
<i>En el que Benny Profane, un schlemihl y un yoyó humano,</i> <i>alcanza su apoquiro</i>	9
Capítulo dos	
<i>«La dotación enferma» en pleno.</i>	51
Capítulo tres	
<i>En el que Stencil, transformista, lleva a cabo ocho</i> <i>personificaciones</i>	71
Capítulo cuatro	
<i>En el que a Esther le hacen una nariz</i>	111
Capítulo cinco	
<i>En el que Stencil casi se va al Oeste con un caimán</i>	131
Capítulo seis	
<i>En el que Profane vuelve al nivel de la calle</i>	159
Capítulo siete	
<i>Está colgada en el muro occidental.</i>	181
Capítulo ocho	
<i>En el que Rachel recupera su yoyó, Rooney canta una canción</i> <i>y Stencil va a visitar a Bloody Chiclitz</i>	255
Capítulo nueve	
<i>La historia de Mondaugen</i>	275
Capítulo diez	
<i>Donde varios grupos de gente joven se reúnen</i>	335

Capítulo once	
<i>Confesiones de Fausto Maijstral</i>	365
Capítulo doce	
<i>En el que las cosas no resultan tan divertidas</i>	417
Capítulo trece	
<i>En el que la cuerda del yoyó se revela como un estado</i> <i>de ánimo</i>	441
Capítulo catorce	
<i>V. enamorada</i>	473
Capítulo quince	
<i>Sabha</i>	499
Capítulo dieciséis	
<i>La Valetta</i>	509
Epílogo	
1919	547

Capítulo uno

*En el que Benny Profane,
un schlemihl y un
yoyó humano,
alcanza su
apoqui-
ro*

V

1

Nochebuena de 1955. Benny Profane, vestido con Levi's negros y chaqueta de ante, zapatos de lona y sombrero grande de *cowboy*, estaba de paso por Norfolk, Virginia. Dado a los impulsos sentimentales, pensó en echar un vistazo en Sailor's Grave, la Tumba del Marinero, su vieja taberna, y la de sus antiguos compañeros, situada en East Main Street. Llegó hasta allí atravesando la arcada. En el extremo de la arcada que daba a East Main, había un cantante callejero sentado con una guitarra y una lata de Sterno vacía para los donativos. En medio de la calle, un pañolero principal intentaba orinar dentro del depósito de gasolina de un Packard Patriotic del 54 y cinco o seis aprendices de marinero le rodeaban animándole. El viejo de la guitarra cantaba con voz de barítono, hermosa y firme:

En la vieja East Main, todas las noches son Nochebuena,
los marineros y sus novias están todos de acuerdo.
Luces de neón, rojas y verdes,
brillan sobre la propicia escena,
dándote la bienvenida cuando de la mar regresas.

El saco de Santa Claus está lleno para colmar tus sueños:
cervezas a cinco centavos que espuman como champán,

camareras, todas deseando follar,
que te recuerdan que esta noche
es Nochebuena en la vieja East Main.

—¡Eh, jefe! —gritó un grumete.

Profane dobló la esquina. Como siempre ocurría, East Main se le echó encima sin decir agua va.

Desde que se licenció de la Marina, Profane había estado trabajando en carreteras y, cuando no había trabajo, se limitaba a viajar, subiendo y bajando por la Costa Este como un yoyó. Esta forma de vida había durado tal vez año y medio. Después de todo ese tiempo entre pavimentos en mayor cantidad de la que quisiera tener que contar, Profane se había vuelto un poco receloso de las calles, sobre todo de las calles como esta. De hecho, todas se habían fusionado en una sola calle abstracta que, en noches de luna llena, le provocaba pesadillas. El distrito de East Main, gueto para marineros borrachos con el que nadie sabía qué hacer, saltaba sobre tus nervios con la misma agresividad que un sueño nocturno que se torna en pesadilla. Perro convertido en lobo, luz convertida en crepúsculo, vacuidad convertida en presencia expectante, aquí tenías a tu infante de marina menor de edad vomitando en la calle, a la camarera con una hélice de barco tatuada en cada nalga, a un orate potencial estudiando la mejor técnica para atravesar de un salto la luna de un escaparate (¿cuándo se debe gritar «Jerónimo», antes o después de que se rompa el cristal?), a un marinero ebrio lamentándose en el rincón de una callejuela porque la última vez que le pillaron así los de la Policía Naval, le pusieron una camisa de fuerza. En la acera, bajo los pies, de vez en cuando se percibían vibraciones procedentes de un policía naval lejano que disolvía una reyerta de feriantes con su «bastón de noche», la porra de madera que utilizaban ellos; arriba, volviendo verdes y feas todas las caras, brillaban lámparas de vapor de mercurio que formaban dos líneas que se cerraban en una V asimétrica hacia el este, a oscuras y ya sin más bares.

Al llegar al Sailor's Grave, Profane se encontró con una trifulca iniciada entre marineros y grumetes. Se quedó un momento mirando en el umbral. Pero, al advertir que de todas formas estaba a

un paso de la Tumba, esquivó la pelea y se agazapó sigilosamente cerca de la barandilla metálica.

—¿Por qué no se puede vivir en paz con el prójimo? —se preguntó una voz tras la oreja izquierda de Profane.

Era Beatrice, la camarera, novia de la 2.^a División, por no hablar del viejo buque de Profane, el destructor *U.S.S. Scaffold*.

—¡Benny! —gritó ella.

Se pusieron melosos al reencontrarse después de tanto tiempo. Profane comenzó a dibujar corazones en el serrín, flechas que los atravesaban, gaviotas que llevaban en el pico una bandera en la que se leía: Querida Beatrice.

La tripulación del *Scaffold* estaba ausente. Habían zarpado rumbo al Mediterráneo dos noches antes, en medio de una tempestad de protestas airadas de la dotación que pudo oírse en las brumosas carreteras (decía la historia) como las voces procedentes de un barco fantasma, dejándose oír incluso desde Little Creek. En consecuencia, esta noche había unas cuantas camareras más de lo habitual trabajándose las mesas a todo lo largo de East Main. Pues dicese (y no sin razón) que, tan pronto suelta amarras un buque como el *Scaffold*, algunas esposas de la Armada se desprenden de la ropa de calle y se ponen el uniforme de camarera, flexionan sus brazos portadores de cerveza y practican su más dulce sonrisa de lagartas, incluso mientras la banda de la Base de Operaciones Navales toca *Auld Lang Syne* y los destructores lanzan por sus chimeneas negras pavesas sobre los futuros cornudos, que aguantan virilmente en posición de firmes mientras se despiden con amargura y una leve sonrisa.

Beatrice traía cerveza. Un penetrante alarido que provenía de una de las mesas del fondo hizo retroceder a Beatrice y la cerveza se derramó por el borde del vaso.

—¡Cielos! —dijo—, ¡es Ploy otra vez!

Ploy era entonces maquinista del dragaminas *Impulsive* y un escándalo a todo lo largo de East Main. Medía uno cincuenta y dos —con botas de reglamento— y se pasaba la vida buscando pelea con los individuos más corpulentos del buque, a sabiendas de que nunca se lo tomarían en serio. Diez meses atrás (justo antes de que le cambiaran de destino trasladándole del *Scaffold*), la Armada había de-

cidido extraerle todos los dientes. Enfurecido, Ploy logró abrirse paso a puñetazos entre un sanitario jefe y dos oficiales dentistas antes de que estos llegaran a la conclusión de que estaba decidido seriamente a conservar la dentadura.

—Pero piensa un poco —gritaban los oficiales, haciendo esfuerzos para no echarse a reír mientras esquivaban sus diminutos puños—. Tienes afectado el canal de la raíz, abscesos en las encías...

—No —gritaba Ploy.

Por último tuvieron que ponerle una inyección de pentotal en el bíceps. Al despertarse, a Ploy se le vino el mundo encima, y gritó obscenidades durante largo tiempo. Se pasó dos meses deambulando como un fantasma por el *Scaffold*, saltando sin ton ni son para dejarse caer por encima de las cabezas como un orangután, intentando patear los dientes de los oficiales.

Se colocaba de pie sobre la canastilla de popa y arengaba a todo el que quería escucharle, con la boca estropajosa y a través de las encías doloridas. Cuando se le curó la boca, le obsequiaron con una resplandeciente dentadura postiza de reglamento.

—¡Oh, cielos! —vociferó, y trató de saltar por la borda.

Pero se lo impidió un negro gigantesco llamado Dahoud.

—Quieto ahí, pequeñajo —dijo Dahoud, que agarró a Ploy por la cabeza y lo levantó para examinar aquel manojito de convulsiones y desesperación vestido con un mono de mecánico del que salían unos pies que se agitaban a casi un metro de la cubierta—. ¿Para qué vas a hacer eso?

—Tío, quiero morirme, es lo único que quiero —gritó Ploy.

—¿No sabes —dijo Dahoud— que la vida es el bien más preciado que tienes?

—¡Jo, jo! —soltó Ploy entre lágrimas—. ¿Y eso por qué?

—Pues porque sin ella —dijo Dahoud— estarías muerto.

—¡Ah! —dijo Ploy.

Pasó una semana entera dándole vueltas a la idea. Se fue calmando y empezó a sentirse otra vez liberado. Su traslado al *Impulsive* se materializó. Pronto, después del toque de silencio, los demás maquinistas subalternos comenzaron a oír extraños y rechinantes ruidos que procedían de la litera de Ploy. Los ruidos prosiguieron

durante dos o tres semanas, hasta que una noche, hacia las dos de la madrugada, alguien encendió las luces del compartimento y allí estaba Ploy, sentado en su litera con las piernas cruzadas, afilándose los dientes con una pequeña lima bastarda. La noche siguiente al día de paga, Ploy estaba sentado a una de las mesas del Sailor's Grave con varios maquinistas subalternos, más callado que de costumbre. Hacia las once, Beatrice, con la bandeja llena de vasos de cerveza, pasó cimbreándose junto a la mesa. Ploy, alegre, alargó la cabeza, abrió todo lo que pudo las mandíbulas y clavó la dentadura recién afilada en la nalga derecha de la camarera. Beatrice lanzó un grito, los vasos saltaron por los aires describiendo parabólicas y relucientes trayectorias que salpicaron todo el local de cerveza aguada.

La broma se convirtió en el número favorito de Ploy. La voz corrió por toda la división, por la escuadra entera, quizás por todo DesLant. Acudía a contemplarlo gente que no era del *Impulsive* ni del *Scaffold*. Lo cual dio origen a innumerables peleas como la que se producía en esos momentos.

—¿A quién ha enganchado? —preguntó Profane—. No estaba mirando.

—A Beatrice —dijo Beatrice.

Beatrice era otra de las camareras.

La señora Buffo, propietaria del Sailor's Grave, también llamada Beatrice, tenía la teoría de que, lo mismo que los niños pequeños llaman mamá a todas las mujeres, los marineros, a su manera tan indefensos como los niños, debían llamar Beatrice a todas las camareras. Para poner en práctica de un modo más perfecto esta política maternal, había instalado para los clientes grifos de cerveza hechos de gomaespuma, a los que dio la forma de grandes pechos femeninos. Las noches de paga, de las ocho a las nueve, tenía lugar algo que la señora Buffo llamaba «La hora de la teta». La abría oficialmente saliendo de la trastienda vestida con un quimono con dragones bordados que le había regalado uno de sus admiradores de la VII Flota, se llevaba a los labios un pito de contra-maestre de oro y llamaba a servirse. A esta señal, todos los presentes ponían proa hacia los grifos y, si tenían suerte de llegar hasta uno de ellos, podían echar un chupito de cerveza. Eran siete los

grifos, y solía haber un promedio de doscientos cincuenta marineros a la hora de esta diversión.

La cabeza de Ploy aparecía en ese momento junto a una esquina del mostrador. Lanzó un bocado a Profane.

—Este tío —dijo Ploy— es mi amigo Dewey Gland, que acaba de subir a bordo —y señaló a un rebelde larguirucho, de aspecto triste y nariz prominente, que había seguido a Ploy, arrastrando una guitarra por el serrín.

—¿Qué tal? —preguntó Dewey Gland—. Me gustaría cantarte una cancioncita.

—Para celebrar que te has convertido en un pobre civil —dijo Ploy—. Dewey se la canta a todos.

—Eso fue el año pasado —dijo Profane.

Pero Dewey Gland plantó un pie encima de la barandilla metálica, apoyó la guitarra en la rodilla y empezó a rasguear. Después de soltarse ocho compases, cantó en tiempo de vals:

Pobre civil abandonado,
te echaremos mucho de menos.
En el agujero de los novatos y en la sala de oficiales
lloran, hasta el oficial de puente.
Cometes un error;
aunque te dejen en cueros,
tienes un millón de ligues por correspondencia.
Embárcame por veinte años;
nunca seré un pobre civil abandonado.

—Es bonita —dijo Profane con el vaso de cerveza en los labios.

—Hay más —dijo Dewey Gland.

—¡Ah! —exclamó Profane.

Una sensación de malignidad le envolvió repentinamente por detrás; sobre el hombro le cayó un brazo pesado como un saco de patatas y en su visión periférica se insinuó un vaso de cerveza rodeado por una especie de manguito peludo, mal confeccionado con piel de mandril sarnoso.

—Benny, ¿cómo va el negocio del chuleo? ¡Jiuf, jiuf!

Esa risa solo podía venir del antiguo compañero de a bordo de Profane, Pig Bodine. Profane se volvió. De ahí venía. Los jiuf jiuf eran algo parecido a una risa que se formara poniendo la lengua bajo los dos incisivos centrales superiores y apretando la garganta para soltar sonidos guturales. Tal como se proponía Pig Bodine, resultaba horrorosamente obsceno.

—Pig, macho, ¿no te entran ganas de zarpar?

—Soy un desertor, un ausente sin permiso. Pappy Hod, el segundo contraмаestre, me ha apañado el piro. La mejor manera de evitar a los de la Policía Naval consiste en emborracharse sin perder el control. El sitio ideal, en consecuencia, es el Sailor's Grave.

—¿Cómo está Pappy?

Pig le contó que Pappy Hod y la camarera con la que se casó se habían separado. La chica le había abandonado y se había ido a trabajar al Sailor's Grave.

Aquella chica recién casada, Paola, tenía dieciséis años, aunque no había modo de saberlo porque nació justo antes de que empezara la guerra y el edificio del registro quedó destruido, como casi todos los demás edificios de la isla de Malta.

Profane estaba allí cuando se conocieron: el Bar Metro, en Strait Street. El Gut. La Valetta, Malta.

—Chicago. —Era la voz de gánster de Pappy Hod—. ¿Has oído hablar de Chicago?

Mientras, se metía la mano con aire siniestro por dentro de la chaqueta de lona, conocido ademán de Pappy Hod por todo el litoral mediterráneo. Acababa sacando un pañuelo, y no un revólver ni un trabuco, se sonaba la nariz y se echaba a reír de la chica que casualmente estuviera sentada al otro lado de la mesa. Las películas americanas les habían aportado a todas ellas su estereotipo, a todas menos a Paola Maijstral, que se quedó mirándole con las aletas de la nariz deshinchadas y las cejas inmóviles, en punto muerto.

Pappy acabó por conseguir un préstamo de quinientos dólares con intereses de doscientos del fondo de sobornos de Mac, el cocinero, para llevarse a Paola a Estados Unidos.

Quizás no había sido para ella más que un modo de llegar a América —chifladura que tenían todas las camareras del Mediterráneo—, donde había comida suficiente, ropa de abrigo, casas

siempre tibias y sin grietas. Pappy debía mentir sobre la edad de Paola para conseguir que entrara en el país. Podía tener la edad que le diera la gana. Y también la nacionalidad que quisiera, ya que parecía capaz de chapurrear todas las lenguas.

Para regocijo de los papanatas de cubierta, Pappy Hod la había descrito en el pañol del contraмаestre del *U.S.S. Scaffold*. Pero hablaba a ratos con una extraña ternura, como si, mientras el hilo de la narración se desenvolvía, cobrara lentamente conciencia de que quizás el sexo tuviera más misterio de lo que él había previsto y de que, en definitiva, no podía saber si lograría los tantos, porque ese tipo de tantos no se contabiliza con cifras. Cosa que no era para que un tío con los aparejos de Pappy Hod se pusiera a descubrir después de cuarenta y cinco años.

—Buen género —le sopló Pig.

Profane dirigió la vista al fondo del Sailor's Grave y la vio acercarse a través del humo acumulado de toda la noche. Parecía una camarera de East Main. ¿Qué fue de la liebre de la pradera sobre la nieve, del tigre entre la maleza y el sol?

Dirigió una sonrisa a Profane: triste, haciendo un esfuerzo.

—¿Has vuelto para enrolarte de nuevo?

—Estoy de paso —dijo Profane.

—Vente conmigo a la costa occidental —dijo Pig—. ¿No hay un coche de la Policía Naval donde pueda meter mi Harley?

—Mirad, mirad —gritó el pequeño Ploy, saltando sobre un pie.

—Ahora no, tíos. Preparaos —señaló.

La señora Buffo había aparecido en el bar con su quimono. Se hizo el silencio en el local. Hubo una tregua momentánea entre los grumetes y los marineros que bloqueaban la puerta.

—Chicos —anunció la señora Buffo—, es Nochebuena.

Sacó el pito de contraмаestre y silbó. Las primeras notas vibraron fervientes y aflautadas sobre la audiencia boquiabierta y de ojos saltones. Todos cuantos ocupaban el Sailor's Grave escucharon sobrecogidos, al darse cuenta gradualmente de que, dentro de las limitadas posibilidades del pito de contraмаestre, estaba tocando *A medianoche sobrevino una claridad*. Desde el fondo, un joven reservista que había andado una vez por Philly actuando en clubes

nocturnos comenzó a cantar con suavidad acompañando al pito. A Ploy se le humedecieron los ojos.

—Es la voz de un ángel —dijo.

Habían llegado a la parte que dice: «Paz en la tierra, buena voluntad a los hombres, envía el todobondadoso Rey del Cielo» cuando Pig, ateo militante, decidió que no aguantaba más.

—Creo que ya es hora de mamar —dijo elevando la voz.

La señora Buffo y el reservista se quedaron momentáneamente en silencio. Pasó un segundo antes de que todo el mundo captara el mensaje.

—¡Hora de la teta! —gritó Ploy.

Y el grito vino a romper el encantamiento. Los compañeros rápidos de reflejos del *Impulsive* se fundieron en el súbito remolino de alegres marineros, enarbolaron a Ploy y se precipitaron con el pequeño individuo hacia el pezón más cercano, a la vanguardia del ataque.

La señora Buffo, suspendida en su baluarte como el trompetista de Cracovia, sufrió de lleno el impacto del asalto y se desplomó hacia atrás para ir a caer en una cubeta de hielo, cuando la primera oleada rompió contra el mostrador. Ploy, con las manos extendidas, se vio impulsado por encima. Se agarró al mango de una de las palancas de la cerveza y en ese mismo momento sus compañeros le soltaron; el impulso le hizo describir un arco hacia abajo agarrado a la palanca y la cerveza comenzó a manar del pecho de gomaespuma en una cascada blanca, empapando a Ploy, a la señora Buffo y a dos docenas de marineros que habían pasado por detrás del mostrador en una acción de flanco y que en ese momento se golpeaban unos a otros hasta perder el sentido. El grupo que había impulsado a Ploy se desplegó para acaparar más grifos. El cabo primero de Ploy estaba a cuatro patas, agarrándole los pies y listo para tirar de él y tomar el puesto de su subordinado en cuanto este tuviera suficiente. En la carga, el destacamento del *Impulsive* había formado una cuña volante. Inmediatamente detrás de ellos y aprovechando la brecha, trepaban por lo menos otros sesenta chaquetas azules babosos que daban patadas, arañazos, codazos, y vociferaban con estruendo; algunos blandían botellas de cerveza rotas para abrirse paso.

Profane estaba sentado al extremo de la barra observando las botas de marinero convertidas en porra, los culos acampanados, los Levi's arremangados, los cascos de botella, las diminutas tormentas de serrín.

Pronto volvió la vista; Paola estaba allí, rodeándole una pierna con los brazos, la mejilla apretada contra el mahón negro.

—Es horrible —dijo.

—Sí —dijo Profane. Le palmeó la cabeza.

—¡Paz! —dijo ella con un suspiro—. ¿No es eso lo que todos queremos, Benny? Nada más que un poco de paz. Que nadie te salte y te dé un mordisco en el culo.

—Calla —dijo Profane—. Mira: acaban de darle a Dewey Gland con su propia guitarra en el estómago.

Paola murmuraba algo contra la pierna de Profane. Se quedaron sentados así, callados, sin levantar la vista para contemplar la carnicería que proseguía por encima de ellos. A la señora Buffo le había entrado la llorera. Berridos inhumanos rebotaban contra la caoba de imitación del mostrador y se elevaban por detrás de él.

Pig había apartado dos docenas de vasos de cerveza y se había sentado en un anaquel detrás del mostrador. En momentos de crisis, prefería quedarse sentado de mirón. Contemplaba con avidez cómo sus compañeros de barco se disputaban como gorrinos los siete géiseres que tenía debajo. La cerveza había empapado la mayor parte del serrín esparcido detrás del mostrador: las escaramuzas y el juego amateur de pies trazaban ahora en él extraños jerglíficos.

Fuera se oyeron sirenas, pitos, carreras.

—¡Oh, oh! —exclamó Pig.

Saltó del anaquel, se acercó, bordeando el extremo del mostrador, a Profane y Paola.

—¡Eh, tú, campeón! —dijo, en tono indiferente, entornando los ojos como si se le metiera el viento por ellos—. Viene el *she-riff*.

—Por atrás —dijo Profane.

—Tráete a la tipa —replicó Pig.

Los tres atravesaron a la descubierta una sala rebosante de cuerpos. Recogieron de camino a Dewey Gland. Cuando la Patrulla de

Costa invadió el Sailor's Grave blandiendo las porras de madera, los cuatro corrían por una callejuela paralela a East Main.

—¿Adónde vamos? —dijo Profane.

—Pues a donde estamos yendo —contestó Pig—. Tú tira p'alante.

2

Donde terminaron, por fin, fue en un apartamento de Newport News, ocupado por cuatro tenientes, voluntarias del Servicio de Emergencia, y un guardagujas de los muelles de carbón (amigo de Pig) llamado Morris Teflon, que era una especie de padre de la casa. La semana que va de Navidad a Año Nuevo la pasaron bastante borrachos, pero sabían que era allí donde se encontraban. Nadie en la casa pareció poner objeción alguna cuando todos se instalaron allí.

Un desafortunado hábito de Teflon unió estrechamente a Profane y a Paola, aunque ninguno de los dos lo pretendía. Teflon tenía una máquina fotográfica: una Leica, conseguida de manera semilegal en ultramar por un amigo de la Marina. Los fines de semana en que el negocio iba bien y el vino tinto de Guinea salpicaba por todas partes como la estela de un buque mercante, Teflon se colgaba la máquina al cuello e iba de habitación en habitación tomando fotos. Las fotos las vendía luego a los marineros en los barrios bajos de East Main.

Ocurría que Paola Hod, de soltera Maijstral, suelta a su albedrío tras haber abandonado primero la seguridad del lecho de Pappy Hod y después el semihogar del Sailor's Grave, se encontraba en estos momentos en un estado de estupor que dotaba a Profane de toda clase de aptitudes curativas y caritativas que en realidad no poseía.

—Eres todo lo que tengo —le advirtió—. Sé bueno conmigo.

Estaban sentados alrededor de una mesa en la cocina de Teflon: Pig Bodine y Dewey Gland, uno enfrente del otro como compañeros de bridge, con una botella de vodka en el centro. Nadie hablaba, excepto para discutir con qué mezclarían a continuación el

vodka cuando se terminara lo que tenían. Durante aquella semana probaron con leche, sopa vegetal en conserva y, por último, con jugo de un trozo de sandía seca que era todo lo que Teflon había dejado en el frigorífico. Trata de exprimir una sandía en un vaso pequeño sin andar muy bien de reflejos. Es casi imposible. La operación de sacar las pipas de la sandía del vodka resultó ser un nuevo problema que produjo una creciente animadversión mutua.

Parte de la problemática residía en que tanto Pig como Dewey tenían puestos sus ojos en Paula. Todas las noches formaban un comité e iban a parlamentar con Profane para pedirle turno.

—Está tratando de recuperarse de los hombres —trataba de explicar Profane.

Pig rechazaba ese argumento o lo tomaba por un insulto a Pappy Hod, su antiguo superior.

La verdad es que Profane tampoco conseguía nada. Porque lo difícil era saber qué quería Paola.

—¿Qué quieres decir —preguntaba Profane— con lo de ser bueno contigo?

—Ser lo que no era Pappy Hod —respondía ella.

Pronto Profane abandonó todo intento de descodificar las distintas apetencias de Paola. De vez en cuando salía con toda clase de horripilantes historias de infidelidad, puñetazos en la boca, ensañamiento de embriaguez. Después de pasar cuatro años apretando tornillos, cepillando con cepillo de alambre, pintando, picando y volviendo a picar a las órdenes de Pappy Hod, Profane daba crédito a la mitad. A la mitad porque una mujer es solamente la mitad de algo que suele tener dos lados.

Paola les enseñó a todos una canción. La había aprendido de un paracaidista francés de permiso de la guerra en Argelia:

*Demain le noir matin,
je fermerai la porte
au nez des années mortes;
j'irai par les chemins.
je mendierai ma vie
sur la terre et sur l'onde,
du vieux au nouveau monde...*

Era bajo y de la misma complexión que la isla de Malta: roca y un corazón inescrutable. Pasó con ella una sola noche. Luego partió hacia el Pireo.

«Mañana, en la mañana negra, cerraré la puerta en las narices de los años muertos. Iré por los caminos; mendigaré la vida por la tierra y las olas, del Viejo al Nuevo Mundo...»

Le enseñó a Dewey Gland los cambios de acorde y todos se sentaron en torno a la mesa en la invernal cocina de Teflon, mientras cuatro llamas de gas devoraban su oxígeno en la estufa; y cantaron, y cantaron. Cuando Profane la miraba a los ojos, pensaba que ella estaba soñando con el paracaidista: probablemente un individuo apolítico, tan valiente como pueda serlo cualquiera en combate, pero cansado, eso era todo, cansado de reasentar pueblos nativos y de contemplar por las mañanas barbaridades tan brutales como las que había cometido el FLN la noche anterior. Paola llevaba una medalla de la Milagrosa colgada del cuello (¿se la habría regalado, quizás, algún marinero de paso a quien ella le recordaba a una buena chica católica que quedó en Estados Unidos, donde el sexo es gratuito... o se reserva para el matrimonio?). ¿Qué clase de católica era? Profane, que era solo mitad católico (madre judía), cuya moral era fragmentaria (derivada de la experiencia y no de una gran experiencia), se preguntaba perplejo qué rebuscados argumentos jesuíticos la habían inducido a marcharse con él, negarse a compartir el lecho y pedirle encima «que fuera bueno».

La noche de Fin de Año dejaron la cocina y fueron a un *delicatessen* auténtico a unas manzanas de distancia. Al volver a casa de Teflon, encontraron que Pig y Dewey se habían ausentado: «Salimos a emborracharnos», decía la nota. El apartamento estaba sumergido en plena iluminación navideña, en una de las habitaciones sonaba una radio sintonizada con Pat Boone en la WAVY, de otra llegaban ruidos de objetos arrojados. De algún modo la joven pareja acabó en un cuarto en penumbra donde había una cama.

—No —dijo ella.

—Que quiere decir sí.

Chiii-roaaac, hizo la cama, antes de que ninguno de los dos se diera cuenta.

Chic, hizo la Leica de Teflon.

Profane hizo lo que se esperaba que hiciera: se levantó bra-
mando de la cama, el brazo extendido y el puño a punto. Teflon
le esquivó con facilidad.

—Vamos, vamos —soltó con una risita entre dientes.

La intimidad ultrajada no tenía tanta importancia, pero la inte-
rrupción se había producido justo antes del gran momento.

—No te enfades —le dijo Teflon.

Paola se vestía a toda prisa.

—Ahí fuera, a la nieve —dijo Profane—, es a donde nos man-
da esa máquina, Teflon.

—Toma —abrió la cámara, entregó a Profane la película—, no
hace falta ponerse hecho un basilisco.

Profane cogió el carrete, pero no podía volverse atrás. De
modo que se vistió y se caló el sombrero de *cowboy*. Paola se ha-
bía puesto un capote de la Armada que le quedaba grande.

—¡Fuera! —gritó Profane—, ¡a la nieve!

Que la había, en efecto. Tomaron el ferri de Norfolk y se sen-
taron en cubierta a beber café solo en vaso de cartón y a contem-
plar los copos de nieve batir silenciosos los ventanales. No había
ninguna otra cosa que contemplar, salvo que se contemplaran el
uno al otro o a un vagabundo que ocupaba un banco enfrente de
ellos. Abajo trabajaba y golpeteaba la máquina; podían notarlo a
través de las nalgas; pero a ninguno de los dos se le ocurría nada
que decir.

—¿Preferías quedarte? —preguntó Profane.

—No, no —castañeteó Paola, con un discreto cuarto de ban-
co desgastado entre ellos. No sentía el menor impulso de atraerla
hacia sí—. Lo que tú decidas.

«¡La virgen!», pensó Profane con disgusto, «ahora tengo a al-
guien a mi cargo.»

—¿Por qué estás temblando? Aquí hace bastante calor.

Sacudió la cabeza diciendo que no (sin que se supiera qué
quería decir con eso), con la vista fija en la punta de sus chancas.
Al cabo de un rato, Profane se levantó y salió a cubierta.

Debido a la nieve que caía perezosa sobre el agua, las once de
la noche semejaban el crepúsculo o un eclipse. Por encima de su
cabeza, a cada pocos segundos, la bocina lanzaba un sonido para

advertir a todo lo que pudiera encontrarse en su línea de colisión. Y, sin embargo, como si al fin y al cabo no hubiera en estas rutas otra cosa que barcos, barcos vacíos, inanimados, haciéndose unos a otros señales acústicas que no tenían mayor significado que la turbulencia de las hélices o el sordo crujido de la nieve en el agua. Y Profane totalmente solo allí en medio.

Hay quienes tenemos miedo de morir; otros, de la soledad humana. Profane tenía miedo de los paisajes o las marinas como esa, donde nada, salvo él, estaba vivo. Parecía como si constantemente se metiera en uno de ellos: como si doblara la esquina de una calle, abriera la puerta a una cubierta superior y allí estuviera, en país extraño.

Pero la puerta que tenía a la espalda se abrió de nuevo. Pronto sintió las manos sin guantes de Paola deslizarse bajo sus brazos, la mejilla contra su espalda. El ojo de su mente se retiró para observar la naturaleza muerta que componían como lo haría un extraño. Paola no contribuía en nada a hacer menos ajena la escena. Se quedaron así hasta la otra orilla, hasta que el ferri se metió en el embarcadero en rampa, entrechocaron las cadenas, gimió el encendido de los coches, se pusieron en marcha los motores.

Montaron en el autobús de la ciudad, sin una palabra; bajaron cerca del hotel Monticello y se dirigieron hacia East Main en busca de Pig y Dewey. Que Profane recordara, era la primera vez que el Sailor's Grave estaba a oscuras. Los polis debían de haberlo clausurado.

Encontraron a Pig al lado, en el Chester's Hillbilly Haven. Dewey estaba sentado con la orquesta.

—¡Fiesta, fiesta! —gritó Pig.

Una docena de marineros veteranos del *Scaffold* querían celebrar una reunión. Pig, autonombrándose presidente social, se decidió por el *Susanna Squaducci*, transatlántico de lujo que estaban acabando de construir en los muelles de Newport News.

—¿Otra vez a Newport News? —Decidió no contarle nada a Pig sobre la bronca con Teflon—. En fin, otra vez en plan yoyó. —Esto tiene que acabar —dijo, pero nadie escuchaba.

Pig había salido a la pista y bailaba un *boogie* lascivo con Paola.